

# México: la invención de la máscara

*Ilán Stavans\**

*Descienden taciturnas las tristezas al fondo de mi alma, y entumecidas, haraposas brujas, con uñas negras mi vida escarban.*

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA  
en "Mis enlutadas"

Hay una curiosa parábola atribuida a Lewis Carroll, el célebre autor de *Alice in Wonderland*: en ella un tonto se mira al espejo y al cabo de un rato termina por no saber si enfrente hay otro tonto que le dice cómo actuar, o si es él quien decide sus propios actos. Algo similar ocurre con los estudios sobre la identidad mexicana que se iniciaron a principios del siglo XX y que tienen como ápice, en 1934, la publicación de *El perfil del hombre y la cultura en México* de Samuel Ramos, y unos quince años después, en la revista *Cuadernos Americanos*, de *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz. Estos exámenes, ¿ofrecen una descripción detallada y fehaciente de la idiosincrasia nacional? ¿o es que sus conclusiones son el sueño de la razón de un manojo de intelectuales y artistas dispuestos a dictar las normas de conducta colectiva? La aparición, en 1987, de *La jaula de la melancolía* de Roger Bartra, un estudio juguetón, mitad experimento narrativo y mitad un vistazo político de las ramificaciones que se desprenden de ese retrato intelectual y artístico, nos devuelven (una vez más) al cuadrilátero de discusión filosófica, antropológica y psicológica sobre el alma mexicana. Ese regreso es el propósito de esta nota, que revisará el contexto en que se originaron estos estudios críticos, aventurará uno o dos juicios sobre el retrato cabal que emerge de todos ellos, y de paso bosquejará sus implicaciones ideológicas.

A primera vista, esta cadena de reflexiones da la impresión de ser infinita. No lo es. De listarlas, habría que empezar con Julio Guerrero y su *Génesis del crimen en México* y con el *Ensayo sobre los rasgos distintivos de la sensibilidad como factor del carácter del mexi-*

\* Profesor de Literatura Hispanoamericana en Baruch College, City University of New York.

cano de Ezequiel A. Chávez, ambos de 1901.<sup>1</sup> Los dos textos son residuos del positivismo en el país, que con su desprecio a la metafísica anheló describir la conducta humana (y por sinécdoque, la mexicana) a través del método científico. El de Guerrero ni siquiera apareció en territorio nacional sino en París. Chávez continuó sus investigaciones y tres décadas más tarde (1928, 1931) publicó un análisis sobre la adolescencia y una monografía sobre la sicología de Sor Juana Inés de la Cruz.<sup>2</sup> Los frutos de esas averiguaciones se dejan sentir en los trabajos mediante posteriores de Martín Luis Guzmán, Justo Sierra, Luis G. Urbina, Carlos Trejo Lerdo de Tejada y José Vasconcelos,<sup>3</sup> que continúan la misma línea introspectiva y meditabunda. Su ambiciosa meta, su objetivo medular, es examinar el comportamiento y pensamiento del mexicano; es decir, la correlación entre el ambiente, o lo que José Ortega y Gasset llamaba "la circunstancia" -arquitectura, arte, religión, educación, política, etcétera- y el individuo. Subrayo el adjetivo "ambiciosa" porque explicar sus ramificaciones, establecer sus variantes, contabilizar de una vez por todas su aleatoriedad, es una meta imposible: primero, porque depende de quién la observa, cuándo y dónde (subjetividad) y segundo, porque la naturaleza humana en general, y la del mexicano en particular, están en metamorfosis constante, en cambio permanente, y establecer de una vez por todas sus características equivale a ignorar sus transformaciones futuras y a negar su exponente básico, la espontaneidad. Aún así, a través de la Virgen de Guadalupe y la Malinche, el relajo y la fiesta, la atracción a la muerte y la soledad existencial, el padre ausente, la influencia cultural externa, el complejo de inferioridad y la hiperestesia de los símbolos religiosos, los intelectuales y artistas que han seguido la huella de Guerrero, Chávez y su séquito deducen, o creen deducir, quién es el mexicano.

¿Por qué nacen todas estas cavilaciones al amanecer nuestro siglo? Ante todo hay que pensar en el clima filosófico e histórico imperante en la época. Uno de los legados de Max Scheler y Friedrich Nietzsche fue la meditación ontológica sobre la sociedad de

<sup>1</sup> Julio Guerrero, *La génesis del crimen en México. Estudio de psiquiatría social*. París: Bouret, 1901, la edición mexicana más reciente es de Porrúa, 1977. El texto de Chávez apareció en la *Revista Positiva* (tomo 1, núm. 3, págs. 81-99).

<sup>2</sup> En *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe* (Seix Barral, 1982), Octavio Paz se refiere dos veces a Chávez, ambas al discutir "Primer sueño".

<sup>3</sup> Martín Luis Guzmán, "La querrela de México" (1915), Justo Sierra; *México, su evolución social* (1900-1902), Carlos Trejo Lerdo de Tejada, *La revolución y el nacionalismo* (1916), José Vasconcelos, *Indología. Una interpretación de la cultura iberoamericana* (1927).

masas y el carácter de los pueblos. El ocaso de la edad decimonónica es también el instante en que emerge en América Latina un movimiento literario que unió, por vez primera desde aquel abortado sueño de simón Bolívar, al continente entero: el modernismo. A un tiempo una reacción al positivismo y un deseo por renovar y revitalizar el español como lenguaje poético, los modernistas, sobre todo en las figuras de José Martí y Rubén Darío,<sup>4</sup> inician un viaje de introspección y análisis colectivo que originalmente apunta a Europa (Francia, en especial) como fuente de inspiración, pero que termina por convertirse en un laboratorio de discusión identitiva y en una odisea histórica y política. A nivel ensayístico, el uruguayo José Enrique Rodó, justo en 1900, publica su *Ariel*, que basado en los personajes del Shakespeare de *The Tempest* es un llamado a las juventudes iberoamericanas a que se busquen a sí mismas y no imiten al exitoso modelo materialista del vecino del norte: los Estados Unidos. Aquí la palabra "imitación" es clave: si bien los propios modernistas se iniciaron imitando el preciosismo y prerrafaelismo del Viejo Continente, terminaron remodelando y rechazando sus estatutos. De 1880 a 1910, oscilaron entre la utilización de la poesía como máquina de invención de quimeras y el anhelo de descifrar los enigmas culturales continentales. El modernismo, pues, fue una especie de romanticismo autóctono que con su exaltación de los sentimientos y su celebración del espíritu rechazó la adulación que antes él mismo había promovido.<sup>5</sup> Y las peroratas de Sierra, Urbina y sobre todo Manuel Ramos, al acusar a esa imitación como la peor desgracia, el sello de ilegitimidad del alma nativa, se sumergen en un análisis de la personalidad nacional.

Innecesario es recordar, además, que el período coincide con la consolidación económica de Norteamérica, que tras décadas de su Guerra de Secesión, afianza su estructura federal y modela política exterior a través de la imagen de guardián y padre protector. Simultáneamente, con el fin de la Revolución Soviética, se lleva a cabo un ascenso del nacionalismo da la impresión de que cada país se sumerge en cavilaciones sobre sus propias características idiosincráticas.

<sup>4</sup> En México, entre otros en las de Manuel Gutiérrez Nájera, Amado Nervo, Luis G. Urbina, José Juan Tablada, Efrén Rebolledo y Manuel José Othón. Véase el capítulo XIX (Pp. 472-507) de *Breve historia del Modernismo*, de Max Henríquez Ureña, F.C.E., 1954.

<sup>5</sup> Una de las mejores reflexiones que conozco sobre el Modernismo es "Traducción y metáfora" de Octavio Paz (*Los hijos del limo*, Seix Barral, 1974); reimpressa en *El Modernismo*, edición de Lily Litvak (Taurus, 1975, pp. 97-117).

Entre 1918 y 1922, Oswald Spengler publica su controversial magnum opus *La decadencia de Occidente* que proclama a Europa como un continente en deterioro. Así pues, no es curioso que ya para 1933 y 1934, casi simultáneamente, Ramos haya publicado la primera edición de su libro en México, y que Gilberto Freyre haya hecho lo mismo con *Casa-grande e senzala* en el Brasil, y en la Argentina, Ezequiel Martínez Estrada con *Radiografía de la Fama*.<sup>6</sup> Después de Rodó de cierta forma los tres textos constituyen una trilogía colectiva: son hitos, espejos a través de los cuales el continente se mira a la cara, evidencias de una vigorizada conciencia nacional. Pero claro, estas disertaciones profundas sobre el alma colectiva habrían sido no sólo inútiles sino imposibles, de no ser por la revolución de Sigmund Freud. La interpretación de los sueños surge con el fallecimiento del padre del fundador del psicoanálisis, en 1899, que "perturba" y genera ecos en el inconsciente del hijo. Se inaugura así en el mundo entero, y por extensión en América Latina, una nueva edad: la de la introversión, con la ciencia como Virgilio que acompaña a cada hombre en el peregrinaje a través de su selva tenebrosa interior; la del examen sicológico aplicado al esquema teórico de Freud. Ahora el acento está en la vida íntima, instintual del individuo y su prójimo: en la moral y la ética como fuerzas controladoras y represivas; en los patrones de conducta fijos; en una realidad humana, donde la libertad es parca y la decide el Destino (con "D" mayúscula).

En cuanto a México, si bien las primeras décadas de este turbulento siglo están marcadas por la represión y el totalitarismo del Porfiriato, la Revolución de 1910, de Pancho Villa y Emiliano Zapata, obliga al país a sumergirse en un examen de su propia conciencia y lo acerca al mundo moderno. Como filosofía (aunque no como método terapéutico) el psicoanálisis llega e impera en las décadas del veinte y treinta. Explicar las fuerzas que habitan el alma nacional (y así, sugerir técnicas educativas de mejoría colectiva) es su obsesión. Los miembros del Ateneo de la Juventud, el movimiento intelectual que agrupa a intelectuales de diferentes profesiones, entre ellos Antonio Caso, Alfonso Reyes, Julio Turri, José Vasconcelos y

<sup>6</sup> Dudo que haya que aclarar que el ensayo sobre la identidad continental no comienza con Rodó y el Modernismo, ni mucho menos con estos tres escritores. Sin ir más lejos, basta invocar el *Facundo: Civilización y Barbarie*, de Domingo Faustino Sarmiento. En cuanto a la empatía de los textos de Gilberto Freyre, Ezequiel Martínez Estrada y Ramos, véase la introducción de Peter G. Earl a su traducción al inglés *Profile of Man and Culture in Mexico* (Austin: University of Texas Press, 1962); asimismo, la introducción de John Skirius a su antología *El ensayo hispanoamericano del siglo XX* (F.C.E., 1981).

Enrique González Martínez, son los primeros que reaccionan, a veces indirectamente, a la idea. Veían como su legítimo precursor a Justo Sierra; y Ramos, que nació en 1897<sup>7</sup> en Zitácuaro, Michoacán, y que pertenece al grupo inmediatamente posterior, el de los Contemporáneos -fundado en 1926, alrededor de la revista del mismo nombre- halla en ellos su motor y legitimación. Entre Reyes y Octavio Paz, que nació en 1914, hay un gran techo intelectual: el primero creía que los iberoamericanos habían llegado tarde al "banquete de la civilización" y aún así, dedicó sus mejores ensayos a la visión mítica del continente;<sup>8</sup> por su parte, el segundo confía (quizás haciendo hala de un optimismo irrealista y desmesurado) en que a partir de 1950, los ciudadanos de América Latina son por fin "contemporáneos del resto del mundo". Y Ramos es el eslabón intermedio, el vaso comunicante. Dibuja al mexicano como una entidad larvaria en plena transformación: si ha de nacer, dice, lo hará únicamente si se sacude el yugo cultural intimidatorio que acarrea su propio pasado; de otra manera, seguirá siendo inauténtico, un axolótl en proceso de cambio.

Ramos se graduó de licenciado en Morelia y viajó a la Ciudad de México para estudiar medicina pero cambió de opinión, se decidió por la filosofía y se inscribió en la Universidad Nacional Autónoma de México, donde tuvo como profesor a Antonio Caso. Murió en 1959, casi una década antes de esa otra fecha decisiva en la historia mexicana: la masacre estudiantil en Tlatelolco, donde de vuelta el país se topó ante una encrucijada. Tradujo a Plotino, Benedetto Croce, Wilhelm Dilthey, John Dewey, Bertrand Russell y Aldous Huxley y publicó libros sobre Immanuel Kant, Henri Bergson, Diego Rivera, Caso, Platón y José Torres. A la lista anterior hay que añadir su selección y prólogo de la obra de Rodó, que apareció en 1943<sup>9</sup> y donde Ramos cataloga al uruguayo como la figura más completa y sobresaliente de la cultura criolla. Pero ninguno de estos libros y artículos tuvo la trascendencia, las repercusiones de *El perfil del hombre y la cultura en México*; a él, y casi exclusivamente a él, le debe Ramos su inmortalidad. El libro incluye referencias al Ateneo, a Sierra,

<sup>7</sup> Un año antes que Carlos Pellicer, cuatro antes que Jaime Torres Bodet y seis que Salvador Novo.

<sup>8</sup> Véase, por ejemplo, la extraordinaria "Ultima Tule", sobre los arquetipos de América en la imaginación europea en los tiempos en que Cristóbal Colón emprendió su primer viaje rumbo a las Indias Orientales (*Obras Completas* XI, F.C.E., 1955-1963).

<sup>9</sup> *Rodó*. Selección y prólogo de Samuel Ramos (México, Ediciones de la Secretaría de Educación Pública, 1943).

Scheler y Nietzsche. Su anhelo: descifrar el enigma que representa la identidad del mexicano, y lo hace a través del examen psicoanalítico,<sup>10</sup> aunque su aproximación es poco ortodoxa se basa en Alfred Adler, el discípulo austriaco nacido en 1870 que rompió con Freud y profundizó en el tema, de persuasión hebrea, del complejo de inferioridad. Ramos se basa en las ideas adlerianas a lo largo y ancho de todo su ensayo monográfico, pero la sección III del libro, titulada *Psicoanálisis del mexicano*, es donde están más cristalinas dividida en tres partes -el "pelado", el mexicano de la ciudad y el burgués mexicano- su objetivo es demostrar que la imitación de la cultura europea ha deteriorado la estima colectiva y construido una cultura artificial, inauténtica en el país. Esa jerarquía social, según Ramos, se yuxtapone con otra; la de las tres extracciones étnicas: la india, la criolla y la española. Su argumento es que la cultura en México es criolla, un híbrido de manufactura extranjera -ibérica, francesa, estadounidense- que esconde y no revela, enmascara y no ilumina, los atributos del mexicano. Acuña el término de "egipticismo" para referirse a la rigidez, pasividad y resistencia al cambio indígena, elementos que dejan su huella en la idiosincrasia colectiva, que denomina "criollismo" (Paz preferirá el término "mestizo"). En esa y otras secciones, y con énfasis especial en la segunda y tercera edición, afirma que tal actitud acomplejada debe y puede cambiar; que si el mexicano hace consciente su "minusvalía", cruzará el umbral y entrará a una dimensión donde será original y tendrá una cultura propia. Otro de sus focos de atención (acaso el principal) es el del "pelado", que "constituye la expresión más elemental y bien dibujada del carácter nacional", "...pertenece a una fauna social de categoría ínfima y representa el desecho humano de la gran ciudad. En la jerarquía económica es menos que un proletario y en la intelectual un primitivo. La vida le ha sido hostil por todos lados y su actitud es de un negro resentimiento. Es un ser de naturaleza explosiva cuyo trato es peligroso, porque estalla al roce más leve".<sup>11</sup> Inquieta el tono prosopopéyico: Ramos no solamente describe sino también ofende; no diagnostica, perjura. Es obvio que su enojo, su animosidad ante la situación, lo obliga a catalogar al "pelado" como una desgracia, una aberración, en vez de aceptarlo objetivamente

<sup>10</sup> Otros seguirían esa veta intelectual, entre ellos Santiago Ramírez con *El mexicano: Psicología de sus motivaciones* (Monografías Psicoanalíticas. Asociación Mexicana de Psicoanálisis, Editorial Pax-México, 1960); y Francisco González Pineda, *El mexicano: Psicología de su destructividad* (Pax-México, 1961).

como una realidad inevitable. Su visión, pues, favorece a unos y desprecia a otros; es el producto de una clase social, la media intelectual, que por un lado arremete contra los de abajo y por el otro se auto-critica.

Quizás (y ojalá) sea ahora el momento de detenerme y reflexionar sobre la metamorfosis de las ediciones del texto de Ramos y las de *El laberinto de la soledad*. Como el poemario *Leaves of Grass* de Walt Whitman, los dos libros se transforman y alteran con el paso de los años. La primera edición del de Ramos apareció (ya lo dije) en 1934, bajo el sello de la Imprenta Mundial. La segunda, corregida y aumentada, es de 1938; la sacó la Editorial Pedro Robredo y las nuevas secciones le sirven al escritor para defenderse de ataques y acusaciones de que ha sido blanco, en especial a raíz de uno de sus temas básicos: el sentimiento de inferioridad. La tercera edición, de 1951, es de Espasa-Calpe;<sup>12</sup> además de un prólogo especial, aglomera un total de siete nuevas secciones, casi el mismo número que los capítulos del original: una es sobre la educación, otra sobre Justo Sierra, una tercera sobre la inteligencia mexicana. La fecha de esta última edición es fundamental por una simple razón: el volumen de Paz tiene ya un año de haber salido a la luz y estar en circulación en forma libresca. De hecho, Ramos aprovecha una de las secciones finales, sobre el carácter mexicano, para atacar al poeta, asegurando que la soledad no es un acto volitivo del mexicano sino un elemento que irrumpe en su actitud antisocial.<sup>13</sup> En lo que respecta a *El laberinto de la soledad* sus vicisitudes y mutaciones han sido igualmente acumulativas: la segunda edición, corregida y reconociblemente aumentada, es de 1959 y la publica el Fondo de Cultura Económica; la tercera es de 1963, la cuarta de 1964; la quinta de 1967; la sexta de 1968; se llevan a cabo más revisiones en 1969, cuando la séptima; y a partir de ahí son reimpressiones, como si el texto hubiese por fin adquirido su formato final.<sup>14</sup> Estas mutaciones, este proceso larvario merece atención; al fin y al cabo, estos títulos

<sup>11</sup> *El perfil del hombre y la cultura en México* (2ª edición, Pedro Robledo, 1938), p.77.

<sup>12</sup> Colección Austral, No. 1080, que aparece simultáneamente en Buenos Aires y la Ciudad de México. Esa es la edición en la que se basa la traducción al inglés de Peter Earl, 1962.

<sup>13</sup> En su ensayo monográfico, Paz, quien prácticamente discute a toda la intelligensia mexicana, también habla de ramos: "La Revolución mexicana había descubierto el rostro de México. Samuel Ramos interroga esos rasgos, arranca máscaras e inicia un examen del mexicano. Se dice que *El perfil del hombre y la cultura en México*, Primera tentativa sería por conocernos, padece de diversas limitaciones: El mexicano que describen sus páginas es un tipo aislado, y los instrumentos de que el filósofo se vale para penetrar la realidad -la teoría del resentí

se van adaptando: no establecen sus juicios de buenas a primeras, sino que los afilan y mejoran, como si el medio ambiente y la madurez tuvieran que ver en la decantación que sufre y a la cual se somete el autor.

Ya para mediados de siglo, el tema de la identidad de México está a la orden del día. Leopoldo Zea,<sup>15</sup> Emilio Uranga y el propio Ramos ofrecen en 1951 una serie de conferencias en febrero en la Universidad Nacional Autónoma de México. Para entonces, hace casi una década que Rodolfo Usigli, el dramaturgo, ha dado a conocer el "epílogo sobre la hipocresía del mexicano", una coda a *El gesticulador* que investiga la dualidad, la escisión identidad en la historia nacional.<sup>16</sup> Estamos, pues, a mitad del siglo que ha motivado y sido el aparador de estas reflexiones antropológicas y cognoscitivas, todas (o casi) surgidas de la clase media intelectual, y el libro de Paz causa polémica. No es difícil saber hasta qué grado el autor de *Blanco y El arco y la lira* tenían en mente a Ramos y su obra al redactar sus páginas. El tono es igual: reflexivo, indagatorio, psicológico, especulativo. Paz nació en la capital, hijo de uno de los representantes de Zapata en Nueva York, de familia educada y acomodada. Su vocación poética se mostró desde su adolescencia pero no comenzó a escribir ensayos sino hasta cumplidos los treinta y cuatro años de edad.<sup>17</sup> Su presencia todopoderosa en la dimensión cultural del país se afianza en la década de los sesentas y se ve coronada con el recibimiento del Premio Nobel de Literatura, el primero para un

---

miento, más como ha sido expuesta por Adler que por Scheler- reducen acaso la significación de sus conclusiones. Pero ese libro continúa siendo el único punto de partida que tenemos para conocernos. No sólo la mayor parte de sus conclusiones son todavía válidas, sino que la idea central que lo inspira sigue siendo verdadera: el mexicano es un ser que cuando se expresa se oculta, sus palabras y gestos son casi siempre máscaras. Utilizando un método distinto al empleado en ese estudio, Ramos nos ha dado una descripción muy penetrante de ese conjunto de actitudes que hacen de cada uno de nosotros un ser cerrado e inaccesible" (*El laberinto de la soledad*, Sa reimpr., Fondo de Cultura Económica, 1977, pág. 143).

<sup>14</sup> Los estudios críticos sobre el libro y su autor son abundantes. Véase, por ejemplo, el número 74 de la *Revista Iberoamericana*, editado por Alfredo Roggiano, dedicado al poeta mexicano, la bibliografía en *The Perpetual Presence. The Poetry and Prose of Octavio Paz*, cuya edición corrió a cargo de Ivar Ivask (Oklahoma University Press, 1973), el libro de Pere Gimferrer, *Octavio Paz*, en la colección "El escritor y la crítica" (Taurus, 1982), y a partir del recibimiento del Premio Nobel de Literatura en 1990, un sinnúmero de publicaciones más han tocado el tema, entre ellas la biografía intelectual de Enrico Mario Santí, 1991.

<sup>15</sup> Véanse sus dos excelentes ensayos de ese año: "El mexicano en busca del mexicano" y "Dialéctica de la conciencia en México" (*Cuadernos Americanos* X, vol. LVII, núm. 4, mayo/junio 1951, pp. 87-103).

<sup>16</sup> Ediciones Botas, 1943, pp.159-243.

mexicano, en octubre de 1990. El libro está dividido en ocho secciones y un apéndice. Sigue un orden cronológico. Arranca con una descripción del "pachuco" como tipo social en Los Angeles y termina con un comentario sobre la inteligencia del mexicano. Mucho se ha dicho sobre el moméntum en España de José Ortega y Gasset y su influencia en *El laberinto de la soledad*. A diferencia de Ramos, Paz jamás se permite un juicio derogatorio u ofensivo. Sus reflexiones, si bien subjetivas, no rivalizan a grupos o tipos sociales, los ven de manera imparcial y equidistante. Pero si abundan las similitudes entre el texto de Ramos y el de Paz, son inescapables sus diferencias: ante todo, es obvio que ambos acuden y se remiten a la Historia (con "H" mayúscula) para explicar la idiosincrasia, de la Colonia a la Independencia, de la etapa revolucionaria al México moderno. Son inquisiciones que están modelados en forma de estudios interdisciplinarios; se apoyan en principios filosóficos, psicológicos y antropológicos y desde ahí emiten sentencias abstractas y centrífugas. Las dos rinden tributo a Vasconcelos, Alfonso Reyes y toda una pléyade de artistas e intelectuales. Pero mientras *El laberinto de la soledad* es una narración de prosa afrancesada<sup>18</sup> que embelesa con su mágico lenguaje —uso de adjetivos metonímicos y de metáforas—, producto de un autor que goza y se solaza en los vericuetos idiomáticos, El perfil del hombre es un trabajo frío, que oscila hacia el vocabulario científico; un texto medurado y hasta estoico. Hay otras diferencias: Paz comienza por ver a México desde fuera, desde California, desde Norteamérica; Ramos pone especial ahínco en describir las diferencias entre el burgués, la clase media y la baja, como si se tratara de tres weltanshanuys diferentes y el Paz poeta no distingue entre sectores sociales sino que habla de un mexicano cabal;<sup>19</sup> asimismo, ambos incluyen un capítulo sobre la "inteligencia" nacional: el primero lo hace para probar (directa o indirectamente) que el mexicano no es anatómicamente inferior; el segundo, para comprobar que México tiene una tradición intelectual en la cual el propio poeta es el eslabón. Con todo, no cabe duda de que el de Paz es un estudio mucho más sofisticado, complejo; está mejor equipado y es más abarcador. ¿Y cómo es el mexicano que emerge de las dos reflexio-

<sup>17</sup> Véase el prólogo a *Pequeña crónica de grandes días* (Fondo de Cultura Económica, 1990).

<sup>18</sup> A los treinta y seis años, Paz aún está cerca del Surrealismo, ni hablar de Baudelaire, Rimbaud y Mallarmé, ante quienes se mantendría fiel.

nes? introspectivo, silencioso, tímido, machista, vengativo, mentiroso, ignorante, necio, ingenuo... de piedra caliza; es decir, como Ramos y Paz quieren que sea. Sus juicios ¿son certeros? Imposible decirlo. A estas alturas, nos enfrentamos al dilema que ya referí en el párrafo inicial: o la identidad mexicana ha sido atrapada en estos dos estudios críticos y en aquellos que los anteceden y los secundan, o sus afirmaciones han sentado las bases de cómo debemos percibirla y entenderla. El tonto ¿le dice cómo actuar al otro en el espejo? o ¿es el espejo quien lo controla?

Si la pregunta es retórica (y lo es) también lo son ambos exámenes, que representan el ápice en el anhelo de introspección identitiva en el país. Su impacto se deja ver en todas y cada una de las esferas del acontecer nacional, de la política a la literatura, lo que genera un vacío entre el objeto y el referente. ¿Son un reflejo de la realidad y el producto de una élite de clase media cerca del poder, interesada en establecer y canonizar su visión del mexicano? Aceptemos, tan sólo por un segundo, que se trata de una imagen impuesta; que el mexicano, ni vive en un laberinto de la soledad, ni sufre de un complejo de inferioridad. Pero... ¿quién es, entonces? Edward W. Said, en *Orientalism*<sup>20</sup> demuestra que de Ernest Renan en adelante, Europa -y el Occidente en general- se ha inventado una imagen del árabe que se ajusta a sus propias necesidades; y lo ha hecho por motivos ideológicos, interesada en perpetuar los esquemas del centro y la periferia, imperio y colonia. ¿Y si el retrato que se ha hecho (o debiera decir, que nos hemos hecho) del mexicano respondiera a una solicitud similar? La respuesta, claro, es que a un nivel primario y nada estético, la literatura, el arte, la filosofía no son sino un espejismo, la invención de una máscara. Lo que implica que la fotografía que promovemos y nutrimos -o parafraseando a Manuel Gutiérrez Nájera: el modo en que hemos hecho descender las tristezas taciturnas al fondo de nuestra alma- es una ficción.

Quiero y debo aclarar que si bien es factible que muchos ya lo sabían (o mejor dicho, sabíamos) el retrato es eso, un retrato y no el sujeto en sí, la máscara y no el rostro, la paulatina canonización de

<sup>19</sup> A mi gusto, ese anhelo universalizante de Paz termina por convertirse en una parodia de sí mismo. Su estudio homogeniza e iguala a toda la población, sin distinguir generaciones de inmigrantes ni variaciones étnicas. México, es cierto, no tiene el componente multi-epidérmico del Brasil o el Caribe, aún así, el color de la piel, como el dinero, es uno de los varios elementos que genera una rivalidad (lingüística, física, político-institucional) y un racismo solapado.

<sup>20</sup> *Orientalism* (Nueva York: Pantheon, 1978).

las ideas de Paz, y en menor escala las de Ramos, provoca a veces la confusión entre el arte y la realidad, entre la producción y el modelo. Y parafraseando al crítico literario Harold Bloom, esa canonización ha provocado que la distorsión que es el retrato provoque otras distorsiones, mismas que se nutren e influyen mutuamente y sin excluirse. Dije antes que las reflexiones de Ramos parten de las del Ateneo; que las del Ateneo se remontan a Guerrero y Chávez; que las de Paz acuden y se alimentan de las de Ramos y asimismo, de las del Ateneo y sus precursores. Esta larga secuela se deshilvana y continúa (hacia adelante y hacia atrás) en *Pedro Páramo*, la novela de Juan Rufo de 1953, que narra la búsqueda de la figura del padre desconocido<sup>21</sup> y que al hacerlo, se convierte en una metáfora del mexicano en su anhelo por encontrar el padre ausente, el conquistador español que simbólicamente preñó a la Malinche y acto seguido, la abandonó; en *Al filo del agua* de Agustín Yáñez; *La región más transparente* o *Cambio de piel* de Carlos Fuentes; y *El luto humano* de José Revueltas: Hasta es factible remitirla a las novelas y cuentos de extranjeros, entre ellas *The Power and the Glory* y *The Lawless Roads* de Graham Greene, *Flowering Judas and Other Stories* de Katherine Anne Porter (que incluye *María Concepción*),<sup>22</sup> *Stones for Ibarra* de Harriet Doerr o los textos de D. H. Lawrence, Antonin Artaud e Italo Calvino (*Bajo el signo del jaguar*)<sup>23</sup>. Lo que quiero decir es que la identidad de México que conocemos y discutimos es una creación artística. Su única concreticidad es un puñado de obras literarias que la promueven y labran y que, al hacerlo, se autocelebran unas con otras. No proviene de los sectores populares. El verdadero mexicano, hay que recordarlo, es que está allá afuera, el de los suspiros, las lágrimas las alegrías y los secretos es inaprensible, esquivo...

Aquí entra en escena el libro de Roger Bartra *La jaula de la melancolía*<sup>24</sup>. Su objetivo (supongo) es hacer que su estructura lar-

<sup>21</sup> Según Octavio Paz, hay un contraste determinante entre *Pedro Páramo* y *Bajo el volcán* de Malcolm Lowry: el personaje de Rufo regresa al infierno mientras que el del británico es expulsado ("Paisaje y novela en México", *Corriente alterna*, Siglo XXI, 1967). Se me ocurre, sin embargo, un paralelismo entre el primero y *Heart of Darkness*, del Joseph Conrad de 1899, ambas son búsquedas del padre, peregrinajes existenciales, y ambos también son descensos al dolor y la desesperación humanas.

<sup>22</sup> Véase mi nota "La mirada de Katherine Anne Porter", *El Observador* (Barcelona), 9/III/1991, reproducido en *El Nacional* (Caracas), 10/III/1991. Ahí discuto los vasos comunicantes entre varios textos extranjeros que discuten el alma mexicana, y los nativos abocados al mismo objetivo.

varia sea directamente proporcional al contenido. una discusión de México como nación es constante metamorfosis, dispuesta en un texto en continua transformación. Desafortunadamente, sin embargo, el verdadero mensaje se escabulle, se escapa; y al lector los trucos narrativos en última instancia le resultan inconsecuentes y obstruyen su atención. Discutiré, pues, lo que me parece el tronco detrás del ramaje. Desde una perspectiva historicista. Bartra se propone recapitular las repercusiones políticas de esos eslabones ensayísticos que conforman los trabajos sobre la identidad mexicana, desde el de Guerrero hasta el de Paz, así como los artículos y textos más recientes de Carlos Monsiváis y Carlos Fuentes. Incluye, asimismo, una discusión de los exámenes a cargo de extranjeros, entre ellos, los de Wallace Thomson, *The Mexican Mind* y Henry C. Schmidt, *The Roots of Lo Mexicano*.<sup>25</sup> Sobre el mismo tema. Pero el volumen se entretiene menos en volúmenes pasados y presentes que en los símbolos que incluyen y promulgan. El leit-motif es el axolótl, ese anfibio que habita en el lago de Xochimilco y es de color lodo cuya vicisitud narrativa más memorable es la del cuento del argentino Julio Cortázar del mismo nombre.<sup>26</sup> De hecho, Roger Bartra abre su ensayo monográfico con una parodia, un rewriting; en una visita a un acuario de Salpêtrière, en el París de ese febrero frío de 1964, justo el año (y el día y el mes) de la muerte del autor de *Rayuela*, el autor de *La jaula de la melancolía* visita a un axolótl que resulta ser Alfonso Reyes. El relato y su adaptación, claro, tienen como tema la mutación, el cambio, y es por eso que el sociólogo se siente atraído hacia el símbolo: al fin y al cabo, el axolótl, pronóstico de la salamandra, se niega a crecer, a transformarse, habita eternamente en un estadio de progénesis, de eterna adolescencia. pero más importante aún es el hecho de que el anfibio parece tener una "x" en la frente, el signo

<sup>23</sup> Es curioso que un perfil tan ambicioso como el de ambos jamás haya sido intentado por un norteamericano sobre los Estados Unidos. (Pienso, sí, en *Democracy in America* de Alexis de Tocqueville, que es la visión de un extranjero. Véase mi texto "Octavio Paz y los pachucos", *Manual del (im)perfecto reseñista*, Universidad Autónoma Metropolitana, 1989, pp.88-92). Hay aproximaciones antropológicas y psicológicas, pero son modestas y menos totalizantes. Quizás en el fondo, el ciudadano de Nueva York o Los Angeles forma parte de un país que es muchos a la vez. O mejor, que un perfil canonizador de su conducta y creencias es innecesario y hasta ridículo porque su nacionalismo e identidad emanan de otros manantiales.

<sup>24</sup> *La jaula de la melancolía, identidad y metamorfosis del mexicano* (Grijalbo, 1987), Roger Bartra es también autor de *Las redes imaginarias del poder político* (Era, 1981).

<sup>25</sup> Wallace Thompson, *The Mexican Mind. A Study of National Psychology* (Boston: Little, Brown and Company, 1921), Henry C. Schmidt, *The Roots of Lo Mexicano. Self and Society in Mexican Thought, 1900-1943* (Austin: Texas A & M University Press, 1978).

del diablo, una vejación similar a la que se ve obligada a llevar a Hester Prynne en *The Scarlett Letter*, la novela de Nataniel Hawthorne ubicada en la Nueva Inglaterra del siglo XVII, o como la Estrella de David que Adolf Hitler impuso a los judíos en la Europa nazi; un estigma, una vergüenza. Para México, la "x" ¿qué significa? El encuentro fatídico entre conquistadores y aborígenes en 1523 y después, el complejo de edipo entre el creyente y la Virgen de Guadalupe, entre el hijo y la madre, la traición de la malinche y su filiación con el extranjero, el culto a la muerte la corrupción moral; la perversidad sexual ... El mexicano, pues, es visto como una erubescencia. Esa máscara, según Bartra, es producto de una historia colectiva pero también intelectual del Ateneo a los Contemporáneos y de ahí a Paz y Yáñez y Rulfo y Fuentes y...; es decir, es la visión "oficial", apoyada por los dirigentes políticos, apropiada y promovida por el gobierno. Por eso leer las páginas de su libro es descascarar la cebolla. Cada una de las capas de la cebolla esconde a otra, anterior y más arcaica y compleja, y al centro, en lo que William H. Gass llama "el corazón del corazón" ... ¿qué hay? Bartra no lo dice pero es factible sospecharlo: un vacío, la Nada (con "N" mayúscula). *La jaula de la melancolía*, pues, diserta sobre la actitud del mexicano ante la mujer (virgen y puta), ante la muerte y el Más Allá, ante el Tiempo y la Historia, ante los héroes colectivos, etc. Su tesis es que nuestra identidad es la suma de partes, una pirámide de máscaras que se super imponen. En la edad del psicoanálisis, el nacionalismo y la toma de conciencia política, este perfil ha sentado y sienta las pautas de conducta, aunque el modelo descrito no se ajuste necesariamente a la realidad.

De Bartra se infieren conclusiones atroces: si el mexicano que promueve la cultura "oficial" (de hecho, el adjetivo utilizado es "dominante") es un acomplexado, un tipo extraviado en su propia individualidad, ¿cómo esperar que su actitud ante el futuro sea menos escéptica y más optimista? En otras palabras, debido a que el gobierno y los intelectuales lo pintan de forma negativa, ni es ilógico ni resulta sorprendente que se deje vencer por la fatalidad. Pero si por el contrario, el retrato fuera triunfalista ¿no sería esa una maniobra persuasiva para en efecto, convencerlo de que puede y es capaz de conquistar su propio destino? Obviamente estamos en el

<sup>26</sup> *Final de juego* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1964).

tema de las ideologías y la respuesta a mi pregunta, creo, es obvia: en el viejo arte de la manipulación de conciencias, los controladores al final terminan siendo los controlados.

Terminaré con otra parábola, ésta atribuida a Chuang Tzu, que concluyeron Jorge Luis Borges, Silvina Ocampo y Adolfo Bioy Casares en su *Antología de la literatura fantástica*, publicada en 1940: un día Tzu soñó que era una mariposa, al despertar, sin embargo, no sabía si era Tzu que había soñado que era una mariposa, o era una mariposa que soñaba que era Tzu. Tengo la impresión que ante esa identidad que es una máscara y ante esa máscara que es una invención, el mexicano, el auténtico y el indescifrable, se carcajea.